

CONVERSIÓN Y BAUTISMO

EL SACRAMENTO DEL BAUTISMO COMO CONVERSIÓN: EXPOSICIÓN HISTÓRICA Y CONCLUSIONES TEOLÓGICAS

La Iglesia afirma que «el bautismo es la puerta de la vida y del Reino; es el primer sacramento de la nueva ley»¹; es «el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu («vitae spiritualis ianua»), y la puerta que abre el acceso a los otros sacramentos»².

La misma Iglesia ha afirmado desde siempre que el bautismo es el «sacramento de la fe con que los hombres, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, responden al evangelio de Cristo»³; pues en la Escritura aparece el bautismo «siempre ligado a la fe» y a la conversión⁴, y ambos aspectos (conversión y fe), además de inseparables, son constitutivos del mismo sacramento del bautismo.

Ahora bien, en un análisis realista de la verificación de estos aspectos en quienes hoy reciben el bautismo, generalmente de niños, no podemos por menos de constatar que su realización o cumplimiento es muy parcial e interrogativo. Pues si por una parte es imposible que en los niños bautizados al poco tiempo de nacer, se den una fe y una conversión personales; por otra parte, es cuestionable el que para ellos el bautismo sea o incluso llegue a ser el «fundamento» y el «pórtico» de toda la vida cristiana.

Teniendo esto en cuenta, nuestro objetivo es triple: 1. Presentar un breve recorrido o recordatorio histórico de la relación conversión-bautismo en los primeros siglos, y en la Iglesia del Vatica-

1 *Ritual del bautismo de niños* (= RB) (Madrid 1970), *Prenotandos*, n. 3.

2 *Catecismo de la Iglesia Católica* (= CEC) (Madrid 1992), n. 1213.

3 RB, n. 3.

4 CEC, n. 1226.

no y posvaticano. 2. Plantear algunos principios y cuestiones teológicas que de ello se derivan. 3. Proponer algunas sugerencias pastorales que impulsen.

I. PLANTEAMIENTOS HISTÓRICOS

El punto de partida de la relación conversión-bautismo cristiano lo encontramos en el Nuevo Testamento y en la Iglesia de los primeros siglos (II-IV). Prescindiendo de otros aspectos importantes⁵ y centrándonos únicamente en nuestro tema, puede ofrecerse este resumen.

Conversión y bautismo en el Nuevo Testamento

Jesús, sometiéndose al bautismo de Juan Bautista, está indicando que acepta su mensaje y práctica de conversión bautismal (Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22; Jn 1, 19-34). Para *Juan Bautista* el bautismo va unido a la predicación, y ambos tienen por finalidad la conversión. El bautismo de Juan, por tanto, es un bautismo que exige la conversión interna, ante la proximidad del juicio escatológico, y que perdona los pecados, congregando a los bautizados en la comunidad que espera la llegada del reino (Mt 3, 1.6.11.13.16; Jn 1, 25.28; 3, 23; 10, 40; Hch 1, 5.22; 10, 37; 11, 16). Jesús es consciente de ello, y puesto que cree que con él ha llegado el reino, por eso mismo comienza su predicación llamando a la conversión y la fe hacia quien encarna este Reino, hacia él mismo: «Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15).

5 Como es sabido, la bibliografía sobre el bautismo en el Nuevo Testamento es muy abundante. Recordamos solamente algunos trabajos más significativos: G. R. Beasley-Murray, *Baptism in the New Testament* (London 1962); P. Dacquino, *Battesimo e cresima. La loro teologia e la loro catechesi* (Torino-Leumann 1970); A. Oepke, *Bapto*, loc. cit., 527 ss.; G. R. Beasley-Murray, «Bautismo», en L. Coenen - E. Beyreuther - H. Bietenhard, *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. I (Salamanca 1980) 160-166; J. Jeremías, *Der Ursprung der Johannaufste*, *Zeitschrift für die neutestamentliche Wissenschaft* 28 (1929) 312-320; G. Lohfink, *Der Ursprung der christlichen Taufe*, *Theologische Quartalschrift* 156 (1976) 35-54; G. Barth, *El bautismo en el tiempo del cristianismo primitivo* (Salamanca 1986); J. Mateos, *El bautismo, de Juan a Jesús* (Madrid 1987); Cf. F. Mussner, «Biblische Theologie des Tauf- und Missionsfehls in Mt 28, 18-20», en AA. VV., *Taufe und Firmung* (Regensburg 1971), pp. 179-190; A. George, *Les textes du Nouveau Testament sur le baptême. Présentation littéraire*, *Lumière et Vie* 6 (1956) 9-18; M. Quesnel, *Baptisés dans l'Esprit* (Paris 1985).

Más aún, según el testimonio del evangelio de *San Juan*, Jesús no sólo une el bautismo a su muerte y resurrección (Jn 3, 14-16. Cf. Mc 10, 38-40; Lc 12, 49-50), sino que también explica el sentido del bautismo como un nacimiento «de arriba» o por la gracia-Espíritu, y como un nuevo nacimiento «de abajo» o por la conversión-fe y agua bautismal (3, 3-5). «Nacer de nuevo» es: cambiar el corazón, la realidad más profunda, las intenciones, la orientación, las obras, el ser. Es un cambio radical-personal, una verdadera conversión o «metanoia». Pero además este «cambio» es algo que implica un «*nacer de arriba*», es decir: por gracia de Dios, por obra del Espíritu. Sólo así puede darse ese «*nacer del agua y del Espíritu*» en plenitud. Y únicamente con la fe se puede comprender y aceptar este misterio. Por eso añade Jesús: «Te aseguro que hablamos de lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, y, a pesar de todo, no aceptáis nuestro testimonio» (3, 10-11). Si el agua dice relación más a la «creación nueva», el Espíritu dice referencia al agente Creador-Salvador primero, y el nuevo nacimiento se refiere más al cambio radical que todo ello supone desde una actitud de conversión y de fe (cf. Tt 3, 5).

También *Pablo*, en su rica teología bautismal, insiste en que el bautismo implica un paso o una conversión del judaísmo o paganismo al cristianismo, de la ley al evangelio, del hombre viejo al hombre nuevo, del ser sin Cristo al ser revestidos de Cristo, de la discriminación por la raza a la igualdad por la misma fe en Cristo Jesús (1 Co 6, 11; 2 Co 5, 7; Gal 3, 26-28; 4, 5; 6, 15; Col 1, 15-20; Ef 1, 5; Rm 8, 14-17...). Todo ello supone un proceso de participación en el misterio pascual, en la muerte y resurrección de Cristo, que implica un morir a la vida antigua, con sus actitudes y actos, para vivir según la vida nueva de resucitados (Rm 6, 3-6; Col 3, 1-4). Se trata de un proceso que se realiza por gracia, pero también por la conversión y la fe, que acoge este misterio de salvación.

Sin embargo, es más bien en la *comunidad apostólica*⁶ donde se relaciona de forma más significativa y elocuente conversión y bautismo, ya que el comienzo de la práctica bautismal cristiana no está en la vida terrestre de Cristo, sino en la vida de la comunidad que nace de Pascua y Pentecostés, y de la que nos hablan los Hechos de los Apóstoles. El bautismo nuevo se realiza, pues, en la novedad prometida (Jn 3, 1.5-8; Mt 3, 12) y cumplida (Jn 20, 22-23; Hch 2, ss.) en la pascua de Cristo. En la praxis bautismal de la

⁶ Resumimos en este punto cuanto tenemos expuesto en nuestro libro: D. Borobio, *La iniciación cristiana* (Salamanca 1996) 54-70.

comunidad la conversión y la fe aparecen claramente como elemento integrante constitutivo del proceso bautismal⁷. Dios llama a todos y la Iglesia a todos ofrece el bautismo, sean judíos o griegos, samaritanos o gentiles (Hch 2, 39; 4, 4; 5, 14; 8, 4; 8, 126-40; 10, 1-11). La única condición que se exige es *escuchar y creer en el evangelio* o buena noticia: que Cristo es el Hijo de Dios, que ha muerto y resucitado por nuestra salvación (kerigma); y cambiar de vida por la *conversión* (2, 38-41; 8, 12; 19, 14; 3, 19). Esta fe y conversión, selladas por el bautismo, conllevarán unas exigencias de vida cristiana, según las normas de la misma comunidad (Hch 2). Las secuencias de este proceso bautismal se nos describen claramente en Hch 2, 37-41 y Hch 8, 26-40⁸:

- Instrucción previa: predicación kerigmática de Pedro, que aparece más explícita en el caso del etíope (8, 26-40).

- Respuesta de fe y conversión del corazón: «Al oír esto, dijeron con corazón compungido» (v. 37). Y en otro lugar: «Si crees de todo corazón es posible (ser bautizado)» (Hch 8, 37).

- Rito bautismal: expresado en pasiva, porque se trata de un heterobautismo, que requiere la intervención de un «ministro»: «bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó» (Hch 8, 38). Con la fórmula: «en el nombre de Jesucristo» (2, 38).

- Ruptura con la situación anterior: la remisión de los pecados y el don del Espíritu (2, 38), que suponen una ruptura total con la vida y situación anterior: «Salvaos de esta generación perversa» (2, 40).

- Agregación a la comunidad: como culminación de todo el proceso, indicando una nueva comunión y pertenencia: «Aquel día se les unieron unas tres mil almas» (2, 41).

Otro pasaje, que debemos situar en relación con la praxis bautismal de la comunidad es el que recoge el «mandato de bautizar» en *Mt 28, 18-20* y *Mc 16, 15-16*. También en estos lugares podemos ver la relación confesión-fe-bautismo en el contexto de un verdadero proceso, por el que se nos describe cómo se llega a ser cristiano:

7 Algunos estudios más importantes, además de los ya citados, H. Gonzálezmann, *Die Apostelgeschichte* (Tübingen 1963); J. Roloff, *Los Hechos de los Apóstoles* (Madrid 1984); E. Schlink, «Die Lehre von der Taufe», en *Leiturgia V*, Kasel 1970, 678 ss.

8 Cf. R. Aguirre, «El bautismo en las primeras comunidades cristianas», en AA. VV., *La Santísima Trinidad y el bautismo cristiano* (Salamanca 1992), pp. 3-68, aquí 42-43.

- Envío o misión: «Id por todo el mundo», que indica el acto del evangelizador, y la misión a todas las gentes.
- Evangelización y proclamación de la Nueva Noticia: como acto fundamental primero para la extensión del Reino, que llama a conversión (Mc 16, 18).
- Fe y adhesión a Cristo: que supone la disposición a cambiar de vida, a creer en su mensaje («el que crea»: Mc 16, 16), y a seguirle («Haced discípulos»: Mt 28, 19).
- Bautismo: por el que se expresa la salvación, que viene de Dios Padre, por el Hijo y el Espíritu (Mt 28, 19): «El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (Mc 16, 16).
- Compromiso de lucha contra el mal: como prueba de fidelidad a la misión de Cristo: «Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán lenguas nuevas...» (Mc 16, 17).
- Seguimiento y constancia: de modo que se permanezca fieles a cuanto se profesó y recibió en el bautismo: «Y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28, 20).

En una palabra, para los autores del Nuevo Testamento el bautismo es imposible sin predicación precedente, y sin conversión y respuesta de fe. Sólo entonces se da en pleno sentido la adhesión y participación en la muerte y resurrección de Cristo, la recepción del espíritu pentecostal, y la incorporación al nuevo pueblo mesiánico (Hch 5, 13; 2, 38; 10, 47; 8, 7; 19, 5 ss.).

Conversión y bautismo en la Iglesia primitiva

Al abordar este punto debemos reconocer la imposibilidad de ofrecer en este lugar ni siquiera un resumen completo de las cuestiones más importantes que al respecto se plantean⁹. Pretendo

9 Como obras de síntesis más importantes sobre bautismo-iniciación en esta época, podemos citar: B. Neunheuser, *Taufe und Firmung* (Handbuch der Dogmengeschichte 4. 2) (Freiburg/Br 1983, edición revisada de la de 1956); A. Stenzel, *Die Taufe. Eine genetische Erklärung der Tauf liturgie* (Innsbruck 1958); A. Hamman, *Baptême et confirmation* (París 1969, trad. española); R. Cabié, «La iniciación cristiana», en A. G. Martimort, *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia* (Barcelona 1987, edición revisada de la de 1964); A. Caprioli, «Iniziazione cristiana e immagine di Chiesa: Ascolto della tradizione», en AA. VV., *Iniziazione cristiana e immagine di Chiesa* (Torino-Leumann 1982) 81-156; V. Saxer, *L'Initiation chrétienne du II au VI siècle, esquisse*

solamente destacar aquellos puntos que me parecen más iluminadores sobre nuestro tema.

a) *Convertidos y convertidores*

La llamada a la conversión se extiende en la Iglesia primitiva al ritmo de la extensión de sus comunidades¹⁰. El entusiasmo y la mística de los primeros cristianos es el de todo grupo pequeño, obligado a vivir y crecer clandestinamente y en medio de un ambiente hostil y perseguidor. Por eso, el anuncio del evangelio, la extensión de la Buena Noticia, no se hace desde los estrados públicos, sino en el encuentro y la relación personal. Cada uno viene a ser un evangelizador allí donde vive y trabaja, con las personas que comparte, sufre o se alegra. El método empleado por el apóstol Andrés respecto a su hermano Pedro, y de estos respecto a Felipe (Jn 1, 35-45) («sigueme»..., «ven, y lo verás») se continúa.. Así sabios (como Justino o Tertuliano) e ignorantes, esclavos o libres, marineros o comerciantes, cada uno a su modo, anuncian con fervor el descubrimiento de la fe en Cristo, la vida de la comunidad cristiana, como bien nos describe Orígenes en su *Contra Celsum*¹¹.

historique des rites et de leur signification, en SSAM 33 (1985) 173-196; A. Nocent, «I tre sacramenti dell'iniziazione cristiana», en AA. VV., *Anámnesis, I sacramenti. Teologia e Storia della celebrazione* (Génova 1986) 10-130; V. Codina - D. Irarrazaval, *Los sacramentos de iniciación* (Madrid 1987); B. Kleinheyer, *Sakramentliche Feier I, Die Feiern der Eingliederung in die Kirche*, AA. VV., *Gottesdienst der Kirche* (Handbuch der Liturgiewiss. enschaft 7, 1) (Regensburg 1989); P. Tena - D. Borobio, «Los sacramentos de iniciación cristiana», en D. Borobio (ed.), *La celebración en la Iglesia II* (Salamanca 1988) 27-180; A. Fayol-Fricout - A. Pasquier - O. Sadra, *L'Initiation chrétienne. Démarche catéchuménale* (París 1991); E. Yarnold, *The Awe-Inspiring Rites of Initiation. The Orogons of the RCIA* (Edinburgh 1994); M. A. Keller, *La iniciación cristiana, bautismo, confirmación* (México 1995); D. Borobio, *La iniciación cristiana* (Salamanca 1996) 71-116.

¹⁰ En cuanto a estudios importantes sobre el tema conversión en el mismo período: A. D. Nock, *Conversion. The old and new in Religion from Alexander the Great to Augustine* (Harward 1933); G. Bardy, *La conversión al cristianismo durante los primeros siglos* (Bilbao 1961) (trad. del francés, París 1949); H. Pohlmann, *Die metanoia als Zentralbegriff der christlichen Frömmigkeit* (Leipzig 1938); P. Aubin, *L'emploi des mots «epistrephein» et «epistrophé» dans la littérature chrétienne des trois premiers siècles. Contribution a la théologie de la conversion* (París 1960); Id., *Le problème de la «conversion». Étude sur un thème commun à l'hellénisme et au christianisme des trois premiers siècles* (París 1963). Tenemos en cuenta de forma especial el estudio de G. Bardy.

¹¹ Orígenes, *Contra Celsum*, III, 55.

«Los que se convierten en propagandistas de la doctrina de Cristo son sobre todo los humildes, los pobres, los ignorantes. Son los primeros que han sido ganados para la buena nueva; no tienen intereses materiales que proteger; se han dado totalmente al Maestro que les ha prometido la salvación y la libertad. ¿Cómo no iban a anunciar el mensaje que a ellos mismos les ha conquistado? Los esclavos con sus dueños, los comerciantes con sus clientes, los soldados con sus camaradas de campamento o de cuartel, he aquí el ambiente natural en que mutuamente se reclutan los nuevos convertidos»¹².

Es cierto que llegará un tiempo, sobre todo a partir del siglo IV, en que algunos que se convierten no lo hacen con sinceridad sino por interés (protegerse contra la esclavitud, disfrutar del beneficio de ser cristiano), y en que algunos de los convertidores, guiados por su entusiasmo, no anuncien el verdadero evangelio de Jesucristo (falsos profetas y doctores, herejes)¹³. Sin embargo, el mismo entusiasmo del convertido, y las condiciones en que tiene que vivir su fe, le hacen un «convertidor» permanente.

b) *La conversión como adhesión a Cristo y confesión de fe*

Los autores no suelen ofrecer una definición o exposición sistemática teórica de lo que es la conversión. En cambio, sí nos hablan frecuentemente de los motivos que mueven a conversión y del cambio de vida que esta conversión conlleva. Entre los motivos, se señalan con más frecuencia el descubrimiento de la verdad del evangelio, el conocimiento de Dios y de Jesucristo, el deseo de liberación y salvación, el perdón de los pecados, el testimonio de mártires y confesores, la acogida y la vida de la comunidad cristiana. Así Justino declara ante el prefecto de Roma que le interroga:

12 G. Bardy, *La conversión*, 308.

13 Recuérdese al respecto el testimonio de la *Didaché*, XI, 1-8, cuando habla de los didáscalos, apóstoles y profetas: «Más si, extraviado el maestro mismo, os enseñare otra doctrina para vuestra disolución, no le escuchéis; si os enseña, en cambio, para acrecentamiento de vuestra justicia y conocimiento del Señor, recibidle como al Señor mismo». Ed. D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos* (BAC, Madrid 1979) 88-89.

«He abrazado solamente la fe de los cristianos, que es la verdadera... Hela aquí: Nosotros creemos en un sólo Dios, el único creador y gobernador de todas las cosas visibles e invisibles, y creemos en Jesucristo, su Hijo...»¹⁴.

Y en la *Carta de Bernabé* se escribe la novedad interior que se ha operado con la conversión y el bautismo:

«Antes de creer nosotros en Dios, la morada de nuestro corazón era corruptible y flaca [...] pues estaba llena de idolatría y era casa de demonios, porque no hacíamos sino cuanto era contrario a Dios[...] Después de recibido el perdón de los pecados, y por nuestra esperanza en el Nombre, fuimos hechos nuevos, creados otra vez desde el principio. Por lo cual Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón»¹⁵.

Esta fe y esta novedad de vida se va expresando de diversas maneras a lo largo del proceso del catecumenado o preparación al bautismo (catequesis, oración, entrega del Padre nuestro y del Credo), y tiene su punto álgido de expresión y celebración en los ritos bautismales, tal como nos los describe el mismo Justino¹⁶ y, sobre todo la Tradición Apostólica, cuando nos propone el rito del bautismo unido a la profesión de fe:

«Cuando aquel que será bautizado hubiera descendido al agua, el que lo bautiza, imponiéndole la mano, preguntará: ¿Crees tú en Dios Padre todopoderoso? Y él responderá: 'Yo creo'. [...] Seguidamente, teniendo la mano puesta sobre la cabeza, lo hará por primera vez.

A continuación dirá: '¿Crees tú en Jesucristo, Hijo de Dios, que nació por el Espíritu Santo de la Virgen María [...]?'.

14 *Acta S. Justini*, 2: Ed. C. Gallina, *Los mártires de los primeros siglos* (Barcelona 1944) 116-120. Y el mismo Justino, en su *Apol.* I, VI, 1-2 afirma: «Creemos en un solo Dios verdadero, padre de la justicia, de la sabiduría [...] Con él veneramos, adoramos, honramos en espíritu y en verdad al Hijo venido de él, que nos ha dado esta enseñanza [...] y al Espíritu profético. He aquí la doctrina que hemos aprendido y que libremente transmitimos a todo el que quiera instruirse».

15 *Carta de Bernabé*, cap. XVI, 7-8, Ed. Ruiz Bueno, 804.

16 Justino, *Apol.* I, 61, 1-3 y 12-13: «Cuantos se convencen y tienen fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos [...] toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y soberano del universo, y del Señor Jesucristo y del Espíritu Santo [...] Este baño se llama iluminación, para dar a entender que son iluminados los que aprenden estas cosas, y el iluminado se lava también en nombre de Jesucristo».

Y cuando él haya dicho: 'Yo creo', será bautizado por segunda vez. Se preguntará a continuación: '¿Crees en el espíritu Santo, en la santa Iglesia?'. Y él responderá: 'Yo creo', y así será bautizado por tercera vez»¹⁷.

c) *La conversión como cambio de vida*

No basta con confesar la fe, es preciso que la conversión se manifieste en un cambio de vida, que implica la renuncia a los ídolos, costumbres, y conductas que se oponen al evangelio, y a la vez la aceptación práctica de un nuevo estilo de vida acorde con lo que se ha creído y confesado en la fe.

En cuanto a la *renuncia a la vida pasada* tiene diversos momentos de expresión: el precedente a la admisión al catecumenado, en el que se examinan aquellas situaciones, profesiones u oficios que se oponen a tal ingreso; el tiempo de la duración del catecumenado, durante el que se multiplican las oraciones y exorcismos para apoyar este cambio moral de vida; y el momento del mismo bautismo, en el que se manifiestan públicamente estas renunciaciones y se anuncia esta nueva vida. Es significativa la radicalidad con que se manifiesta la Tradición Apostólica cuando afirma: si alguien dirige un prostíbulo, o es escultor o pintor de ídolos, o actor de teatro o enseñante; o si participa en los juegos de gladiadores, o se dedica a las armas; así como a la prostituta, el homosexual o el obsceno, el mago o el adivino... son emplazados a decirse: o bien renuncian a este estilo de vida, y pueden ser admitidos al catecumenado, o si no que se vayan («vel cesset vel reiciatur») ¹⁸. Y en la descripción que nos ofrece del exorcismo que precede al bautismo y del mismo bautismo se alude a esta renuncia, unas veces hablando de «espíritu maléfico», otras de Satán, sus pompas y obras:

«El sábado el obispo reunirá a todos los que recibirán el bautismo y les ordenará ponerse de rodillas y orar. Imponiéndoles la mano impetrará para que todo espíritu maléfico los abandone y no retorne más a ellos [...] Un diácono tomará el aceite del exorcismo [...] este, dirigiéndose a cada uno de los

17 Cf. La introducción y edición de B. Botte, *La Tradition Apostolique d'Hippolyte de Rome* (Münster 1963). Para la traducción empleamos la edición *La Tradición Apostólica* (Ed. Sígueme, Salamanca 1986), aquí p. 76.

18 *Ibid.*, cap. 16, pp. 71-72.

que reciben el bautismo, les ordenará renunciar, diciendo: 'Yo renuncio a ti, Satán, y a toda tu pompa y a todas tus obras'¹⁹.

Ahora bien, esta renuncia de palabra, debe ir acompañada de un cambio de vida y de obras. Sobre ello también se examina a los candidatos al bautismo, cuando llega el momento de la «elección» o discernimiento sobre los que se van a bautizar, como dice la misma *Tradición Apostólica*:

«Cuando se les elige a los que van a recibir el bautismo, se examina su vida: ¿Vivieron honestamente mientras eran catecúmenos? ¿Honraron a las viudas? ¿Visitaron a los enfermos? ¿Hicieron todo tipo de obras buenas?»²⁰.

Este cambio real de vida de los ya bautizados viene certificado de modo elocuente por los diversos autores, que lo constatan en la relación interna de la fraternidad comunitaria, y en la relación externa de su presencia en el mundo. Es de nuevo Justino un testigo privilegiado:

«Desde que hemos creído en el Verbo, hemos renunciado al culto de los demonios, para unirnos por el Hijo al Dios único no engendrado. Antes nos agradaba el libertinaje; hoy en día la castidad constituye todas nuestras delicias. Nos dábamos a la magia, hoy nos consagramos a Dios bueno y no engendrado. Amábamos y procurábamos más que todo lo demás el dinero y los dominios, hoy ponemos en común todo lo que poseemos y lo repartimos con los pobres. Nos dividían los odios y los homicidios, la diferencia de costumbres y de instituciones no nos permitía recibir al extraño en nuestro hogar; hoy, después de la venida de Cristo, vivimos juntos, oramos por nuestros enemigos, tratamos de conquistar a nuestros injustos perseguidores, a fin de que quienes sigan los sublimes preceptos de Cristo, puedan esperar la misma recompensa que nosotros de Dios, el Señor del mundo»²¹.

Arístides, por su parte, examinando el cumplimiento de los mandamientos por los cristianos, constata cuanto sigue:

«De éste (Dios) han recibido los preceptos que llevan esculpidos en su corazón, preceptos que observan en la espe-

19 *Ibid.*, cap. XXI, pp. 75-76.

20 *Ibid.*, cap. 20, p. 74.

21 Justino, *Apol.* I, XIV, 2-3.

ranza del siglo que ha de venir. Por este motivo no cometen adulterio ni fornicación; ni dicen falso testimonio, ni se levantan con lo que se les ha confiado en depósito; no fomentan deseos de lo que no les pertenece; honran al padre y a la madre; hacen el bien al prójimo, y si alguno ejercita el oficio judicial, falla en justicia. No adoran ídolos antropomorfistas y lo que no quieren se haga con ellos, no lo cometen con los demás. Jamás comen carne ofrecida a ídolo, porque contaminan. Socorren a sus propios ofensores procurándoles hacer amigos. Hacen bien al enemigo. Sus hijas son puras y vírgenes y huyen de la prostitución. Los hombres se abstienen de toda unión ilegítima y de toda impureza»²².

d) *Conversión y presencia en el mundo*

No obstante esta conducta, que marca las diferencias e identidad moral y social de los fieles cristianos, se acentúa durante esta época su presencia en el mundo, aún subrayando la especificidad de su comportamiento y el nuevo sentido cristiano que dan a su vida entera. El testimonio más elocuente al respecto es el de la *Carta a Diogneto*, en la que se insiste en la dinámica inculturativa de la religión de los cristianos. Baste recordar algunos párrafos:

«Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás [...], sino que adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable y, por confesión de todos, sorprendente [...] Más, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo [...] habitan en el mundo, pero no son del mundo»²³.

Y en esta presencia, su testimonio más elocuente no son precisamente las palabras, sino las obras de caridad, de justicia y de perdón, como afirma el mismo documento:

«Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. A todos aman y por todos son persegui-

²² Arístides, *Apolog.*, XV. Cf. G. Bardy, p. 234.

²³ *Discurso a Diogneto*, V-VI, Introducción y edición de D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos*, o. c., 850-851.

dos. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. Son pobres y enriquecen a muchos. Carecen de todo y abundan en todo. Son deshonrados, y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. Los vituperan y ellos bendicen...»²⁴

Esta caridad es resaltada por algunos testimonios, sobre todo cuando se refieren a las situaciones difíciles de persecución, hambre, guerras, pestes. Baste recordar lo que más tarde (mediados del s. iv) nos dice Eusebio respecto a las comunidades de Oriente:

«Durante este tiempo se hizo evidente a todos los gentiles con una señal bastante manifiesta de diligencia y piedad de los cristianos para con todos. Porque solos los cristianos, prestando por todos los medios servicios a la humanidad y de misericordia en medio de tantas calamidades, se entregaban diariamente a curar a los enfermos y dar sepultura a los cadáveres de los muertos. Cada día innumerables personas, de las cuales nadie se preocupaba, sucumbían a la muerte. Convocando a todos los pobres de la ciudad, los cristianos distribuían pan entre ellos...»²⁵.

Es, pues, evidente que la conversión bautismal implica un cambio radical de sentido, de orientación, de relación y de vida, que no exige un alejamiento del mundo, sino una presencia original en el mundo, especialmente destacable por las actitudes y actos de caridad, de justicia, de reconciliación.

e) *Conclusión aplicativa*

Como conclusión de este apartado, cabe proponer algunas «sugerencias de contraste» entre aquella situación «conversiva» y la del hombre de hoy.

Es evidente que la conversión supone un cambio radical, una renuncia a un estilo de vida, unas costumbres y un ambiente que se considera se oponen al evangelio. Es cuestionable si el hombre

²⁴ *Ibid.*, V, pp. 850-851.

²⁵ Eusebio, *Hist. Eccles.*, IX, VIII, 13-14. Cf. G. Bardy, *La conversión al cristianismo*, 180. Rcuérdese igualmente el testimonio de Justino, cuando habla de la relación entre asamblea de los cristianos «el día del sol» para celebrar la eucaristía, y la ofrenda y distribución de bienes a los más pobres y necesitados, *Apología*, cap. 67.

de hoy, sumergido y arrastrado por esta corriente de mundo con sus dinámicas socio-económicas, con su voracidad de disfrute de la vida, con su sentido de libertad y felicidad terrenos, con los medios de autosuficiencia de que dispone... es capaz de esta radicalidad de conversión.

Por otro lado, la adhesión entusiasta de aquellos convertidos a Jesucristo, su vida y su mensaje, hoy se percibe con una mayor laxitud y hasta con un cierto relativismo. Merece la pena creer y seguir a Jesucristo sí, pero se trata de un seguimiento casi siempre «aplicado» a las posibilidades que el mundo ofrece y a los condicionamientos que la vida plantea. Es preciso también aceptar su mensaje y la doctrina eclesial que lo explicita y aplica, pero casi siempre con un proceso de acomodamiento y de relativización, que cuestiona toda pretensión de absolutez dogmática, de doctrina cerrada.

Y es cierto también que la conversión exige un estilo de vida, unas normas morales y disciplinares de conducta, que los primeros cristianos, en general, asumían con mayor rigor. Al hombre actual le resulta más difícil la aceptación y aplicación de estas normas morales, tal como las interpreta la Iglesia, y dada la mentalidad reinante, el eclipse de muchos valores éticos y morales, la exaltación de la libertad...

En cambio, el hombre actual es capaz de sintonizar en mayor medida, con una adhesión a Cristo como modelo de defensor de la libertad frente a la ley que esclaviza, o como ejemplo de amor y solidaridad que redime, o como promotor de una reconciliación que genera la paz. En alguna medida, se da una coincidencia entre esta disposición «conversiva» y el testimonio de caridad, de solidaridad y de perdón de los primeros cristianos.

Conversión y bautismo en la Iglesia actual

Conscientes de lo que supone este gran «salto histórico», nos proponemos ahora recordar algunos grandes principios y afirmaciones de la Iglesia actual en relación con el bautismo-conversión.

a) Evangelización y conversión

En la realización de la tarea misionera, el Vaticano, sobre todo en el Decreto *Ad Gentes*, afirma la importancia de la evangeliza-

ción por la palabra y el testimonio, que se hacen concretos en la presencia en el mundo con actitudes y actos de solidaridad, de justicia y caridad a todos los niveles:

«Porque todos los cristianos, dondequiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra el hombre nuevo en que se revistieron por el bautismo, y la virtud del Espíritu Santo, por quien han sido fortalecidos por la confirmación [...] La presencia de los cristianos en los grupos humanos ha de estar animada por la caridad con que nos amó Dios [...] Así la Iglesia se une por medio de sus hijos a los hombres de cualquier condición, pero especialmente con los pobres y afligidos, y a ellos se consagra gozosa...»²⁶.

Esta evangelización tiene un objetivo primordial: la conversión a Cristo de aquellos que escuchan, se convierten libremente y creen. Una conversión, que debe madurar y crecer a lo largo del proceso catecumenal, de manera que se produzca ese cambio radical que transforma la vida entera:

«Dondequiera que Dios abre la puerta de la Palabra para anunciar el misterio de Cristo a todos los hombres confiada y constantemente, hay que anunciar al Dios vivo y a Jesucristo, enviado por Él para salvar a todos, a fin de que los no cristianos, bajo la acción del Espíritu Santo, que abre sus corazones, creyendo se conviertan libremente al Señor y se unan a Él con sinceridad [...] Esta conversión hay que considerarla ciertamente inicial [...] Trayendo consigo este tránsito un cambio progresivo de sentimientos y de costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse paulatinamente durante el catecumenado»²⁷.

b) *Conversión y fe: precatecumenado*

La conversión bautismal implica, por tanto, el anuncio vivo del Dios de Jesucristo, la respuesta libre y la acogida gozosa que es la conversión inicial, la maduración progresiva de esta conversión-fe por el catecumenado, la consagración de dicha conversión-fe en el bautismo. Este proceso de conversión aparece articulado de forma más institucional en el *Ritual de la Iniciación Cristiana de adul-*

²⁶ *Ad Gentes*, nn. 11-12.

²⁷ *Ad Gentes*, 13.

tos, donde se nos describen los diversos «grados» o etapas catecumenales²⁸. Corresponde a la primera etapa o tiempo del «precatecumenado» el «anunciar abiertamente y con decisión al Dios vivo y a Jesucristo», de manera que de esta evangelización «llevada a cabo con el auxilio de Dios, broten la fe y la conversión inicial, con las que cada uno se siente arrancar del pecado e inclinado al misterio del amor divino»²⁹. Pero esta conversión-fe debe crecer y madurar durante el tiempo del catecumenado. Por eso se afirma que se debe avanzar en:

«la primera fe concebida en el tiempo del 'precatecumenado', la conversión inicial y la voluntad de cambiar de vida y de empezar el trato con Dios en Cristo, y, por tanto, los primeros sentimientos de penitencia y el uso incipiente de invocar a Dios y hacer oración, acompañados de las primeras experiencias en el trato y espiritualidad de los cristianos»³⁰.

Como puede apreciarse la conversión y la fe no solo aparecen unidas, sino que se las considera como elementos constitutivos integrantes del proceso para llegar a ser cristiano. Este aspecto ha sido resaltado de modo especial por el *Catecismo de la Iglesia Católica*:

«Desde los tiempos apostólicos, para llegar a ser cristiano se sigue un camino y una iniciación que consta de varias etapas. Este camino puede ser recorrido rápida o lentamente. Y comprende siempre algunos elementos esenciales: el anuncio de la Palabra, la acogida del evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística»³¹.

c) *Conversión como proceso y dinamismo*

Asimismo, se entiende esta conversión no como algo momentáneo y pasajero, sino como realidad procesual y dinámica que, incluso después del bautismo, debe perfeccionarse y madurar de forma permanente. Bien entendido, que esta procesualidad se

28 *Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos* (= RICA) (Madrid 1976), nn. 6-8.

29 *Ibid.*, nn. 9-10.

30 *Ibid.*, n. 15.

31 CEC, n. 1229.

plantea de forma diferente en el caso de los niños y en el de los adultos. Siendo evidente que el bautismo es «sacramento de la fe», se explica que

«La fe que se requiere para el bautismo no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse [...] En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer después del bautismo. Por eso, la Iglesia celebra cada año en la noche pascual la renovación de las promesas del bautismo»³².

Los documentos no explican en qué consiste este «comienzo» de conversión-fe llamados a desarrollarse, y cuándo puede decirse que son «suficientes» o «insuficientes» desde un punto de vista personal y eclesial.

d) *Conversión-fe y bautismo de niños*

Pero es claro que tal comienzo es más explícito y libre, más consciente y consecuente en las personas adultas que en los niños que llegan al uso de razón, y más en estos que en aquellos que son bautizados al poco tiempo de nacer. Por eso mismo el *Ritual del Bautismo de niños* exige, sobre todo a los padres, una educación en la fe de sus hijos «para completar la verdad del sacramento»:

«Ahora bien, para completar la verdad del sacramento conviene que los niños sean educados después en la fe en que han sido bautizados. El mismo sacramento recibido será el fundamento y la fuente de esta educación. Porque la educación en la fe, que en justicia se les debe a los niños, tiende a llevarles gradualmente a comprender y asimilar el plan de Dios en Cristo, para que finalmente ellos mismos puedan libremente ratificar la fe en que han sido bautizados»³³.

La responsabilidad de esta educación en la fe recae principalmente en los padres, los padrinos y la comunidad entera, a través de sus diversos servicios y ministerios. Y

«este sentido de corresponsabilidad debe mover tanto a los que celebran el sacramento como a los miembros más

³² *Ibid.*, nn. 1253-1254. Cf. RB 3 y 8-9.

³³ RB, n. 9. Cf. Nn. 12-14.

activos de nuestras comunidades, sobre todo a los educadores, ya sean religiosos o seculares. El niño, en efecto, tiene derecho al amor y la solicitud de la comunidad, tanto antes como después de la celebración del sacramento»³⁴. «En todos los bautizados, niños o adultos, la fe debe crecer después del bautismo [...] Para que la gracia bautismal pueda desarrollarse es importante la ayuda de los padres. Ése es también el papel del padrino o de la madrina [...] Su tarea es una verdadera función eclesial. Toda la comunidad participa de la responsabilidad de desarrollar y guardar la gracia recibida en el bautismo»³⁵.

Estas afirmaciones no admiten ningún género de duda sobre la necesidad de la conversión y la fe para una plenitud bautismal; sobre el sentido dinámico de crecimiento y perfeccionamiento después del bautismo; sobre la responsabilidad que en ello tienen los padres, padrinos y la comunidad; sobre la consideración del mismo bautismo de niños como un sacramento en algún sentido «incompleto», en perspectiva de que su verdad «sea completada», de que los niños «puedan libremente ratificar la fe en que fueron bautizados», de que la «gracia bautismal se desarrolle»...

Es evidente que, en cualquier caso (adultos o niños), la fe siempre está llamada a crecer, la conversión es siempre una tarea permanente, porque nunca puede decirse que hayan llegado en el creyente a una perfección y realización plenas. Y, si «el bautismo es el lugar de la conversión primera y fundamental», «la llamada de Cristo a la conversión sigue resonando en la vida de los cristianos. Y esta segunda conversión es una tarea ininterrumpida para toda la Iglesia, que recibe en su propio seno a los pecadores»³⁶. La conversión primera bautismal, debe desplegarse en una conversión permanente existencial, y en las situaciones de pecado llegar a ser conversión segunda penitencial.

II. CUESTIONES TEOLÓGICAS

En esta segunda parte, pretendemos señalar algunas cuestiones teológicas que esta misma doctrina plantea en su aplicación real, y en la ordenación iniciática que hoy nos propone la Iglesia.

34 *Ibid.*, nn. 12-13. Cf. n. 15.

35 CEC, nn. 1254-1255.

36 *Ibid.*, nn. 1427-1428.

1. *Elementos integrantes de una conversión verdadera*

Si el evangelio y la Iglesia consideran como elemento constitutivo de la misma verdad bautismal la conversión, es preciso que recordemos cuáles son los elementos principales que la integran, para poder discernir en lo posible cuándo y cómo se dan estos elementos, y cuándo y cómo la verdad exigida es una realidad verificada.

Según hemos indicado, la fe es ante todo conversión a Jesucristo, y no puede haber fe verdadera sin conversión, ni conversión auténtica sin fe: la fe es «conversiva», la conversión es «fidel» cial». Ahora bien, fe y conversión suponen la iniciativa y la llamada gratuita y graciosa de Dios, y la respuesta libre, consciente y responsable del hombre.

«Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo...»³⁷.

En este sentido, hay que entender la conversión como un verdadero encuentro personal con el Dios de Jesucristo, que implica la llamada de Dios y la decisión fundamental del hombre. «La conversión es la decisión fundamental por Dios mediante un uso religioso y moralmente bueno de la facultad de elección, así como el compromiso con él, que abarca la vida en su totalidad [...], como una respuesta producida por la gracia divina a la llamada de Dios, que da al llamar aquello mismo hacia lo que él llama»³⁸. Y Él nos llama a la adhesión a Jesucristo, a la renuncia al pecado, a salir de la finitud, a vivir en una fe obediente, en una esperanza confiada, en un amor que se hace prójimo (caridad), en una perseverancia y en un perfeccionamiento constante.

Ahora bien, esta conversión, supone una transformación profunda del corazón, un cambio radical, una reorientación plena. La fe-conversión «lleva consigo un cambio de vida, una 'metanoia', es decir una transformación profunda de la mente y del corazón: hace así que el creyente viva esa nueva manera de ser, de vivir, de vivir

³⁷ DV, n. 5.

³⁸ K. Rahner, «Conversión», en *Sacramentum Mundi* I (Barcelona 1972), col. 977-980.

juntos, que inaugura el evangelio»³⁹. «La conversión se lleva a cabo en la unicidad y centralidad de la persona, afecta al hombre en su esfera más profunda, en la conciencia fundamental, en donde nacen las decisiones radicales»⁴⁰.

El proceso de la conversión incluye, pues, diversos elementos, mutuamente implicados, y cuya ordenación «cronológica» es imposible precisar. A nuestro entender, los elementos de la conversión primera bautismal son los siguientes:

- La *des-centración* de la propia personalidad, poniendo en crisis los valores y formas sobre los que se está construyendo el propio proyecto de vida, o incluso viniendo a rechazarlos, en cuanto se oponen al evangelio.

- El *encuentro* con el Dios vivo de Jesucristo, cuya llamada e irrupción en la propia historia, viene a convulsionar el ser de tal manera que, transformando al hombre de forma total (en su pensar, sentir y querer), es percibido en experiencia inmediata como Aquel que ofrece el verdadero sentido de vida y a quien merece la pena seguir por encima de todo.

- La *re-unificación* personal, psicológica y social del convertido en torno a unos valores evangélicos, éticos y morales, que concentran la personalidad, orientan y articulan la vida y el comportamiento global. Esta re-unificación tiene su centro en el mismo Cristo, desde el que toda la vida queda transformada y finalizada en un nuevo sentido y conducta.

- La *identificación con la comunidad* de los creyentes, aceptando la fraternidad cristiana como forma de estar, compartir y convivir con los demás, desde un sentimiento afectivo y efectivo de pertenencia, que le lleva a asumir sus derechos y deberes dentro de la misma comunidad. La conversión depende también de la comunidad, y conduce a la comunidad. No hay conversión verdadera sin identificación con la comunidad de creyentes, ni existe tal comunidad si no hay conversión auténtica⁴¹.

El comienzo y el itinerario personal de la conversión es diverso en cada persona, y no es posible unificarlo. En unos casos está en el testimonio personal o comunitario, en otros en el reconoci-

39 Directorio General para la Catequesis (Madrid 1997) n. 55. Cf. EN 10 y 23.

40 D. Mongilio, «Conversión», en *Diccionario Teológico Interdisciplinar* (Salamanca 1982) 128.

41 D. Borobio, «Conversión», en C. Floristán - J. J. Tamayo, *Conceptos fundamentales de pastoral* (Madrid 1993) 209-226, aquí 219-220; Id., *Reconciliación penitencial. Tratado actual del sacramento de la penitencia* (Bilbao 1990) 134-159.

miento y rechazo del pecado, en otros en la llamada y encuentro insospechado con Cristo (el «tesoro» de Mt 13, 44-46), en otros en la experiencia personal del límite o del exceso. De cualquier modo, la pregunta es inevitable: ¿Cuántos bautizados de niños han llegado a vivir esta experiencia de conversión primera? Y si tal experiencia es necesaria para el ser cristiano, ¿de cuántos podría afirmarse que nunca han llegado ni llegarán a serlo? ¿En qué medida es capaz el hombre de hoy de vivir la conversión como renuncia de aquello que la sociedad presenta como bien (v.gr., negocio a cualquier coste); como entrega absoluta e incondicional a Alguien invisible (v.gr., frente a un materialismo y relativismo extendido); como aceptación de una moral en muchos casos considerada como contraria la naturaleza y la ciencia (v.gr., sexualidad, matrimonio); o como aceptación responsable de un estilo de vida comunitario (v.gr., cuando la Iglesia o la comunidad no resulta ni ejemplar ni atrayente)?

2. *La conversión, condición necesaria para la plenitud del bautismo*

Todos los datos de la Escritura y de la tradición son unánimes en reconocer, sí la absoluta gratuidad del don de Dios, pero también la necesidad de una conversión-fe para la «verdad» bautismal. También es evidente que, dada la limitación humana y el ideal que perseguimos, «la fe que se requiere para el bautismo no es una fe perfecta y madura, sino un comienzo que está llamado a desarrollarse»⁴², una realidad dinámica llamada a crecer y madurar, a renovarse y responder a cada situación y fase de la vida.

Estos dos principios, sin embargo, se cumplen de forma muy diferente en los adultos y en los niños. En el caso de los adultos, el encuentro con el Dios vivo de Jesucristo y la respuesta a su llamamiento, pueden vivirse como una experiencia personal de fascinación y ruptura, de transformación interior y de reorientación vital..., que no pueden darse en el caso de los niños. Si para el adulto el encuentro e integración en la vida de la comunidad pueden ser una novedad gozosa, para el niño bautizado suele ser una continuación indiferente. Lo que en el caso del adulto es totalmente «por primera vez», en el caso del niño a lo más será «como si fuera por pri-

42 CEC, n. 1253.

mera vez». Uno encuentra lo que todavía no había descubierto ni recibido eclesial y sacramentalmente, el otro descubre lo que ya tenía como don de Dios por el sacramento de la Iglesia ⁴³.

Todo esto quiere decir que, aún habiendo un único bautismo, no sólo se trata de dos situaciones bautismales diferentes ⁴⁴, sino también de dos posibilidades distintas de vivir la conversión y la fe en el proceso bautismal. Más aún, quiere decir que la Iglesia está arriesgando el que se realice la «veritas sacramenti» en el bautizado de niño, dado que aún existiendo en sí «garantías suficientes», siempre es imprevisible el que un día llegue a darse la aceptación consciente, libre y responsable del bautismo que un día se recibió sin un acto personal de libertad y apoyándose en la responsabilidad de otros. Si la conversión verdadera es también una «decisión radicalmente consciente, personal y singular por una existencia cristiana, lo cual implica una experiencia real de libertad... y de la gracia» ⁴⁵, ¿cómo hacer hoy para que tal decisión y libertad se den?

3. *El bautismo en «esperanza fundada» de conversión y de fe*

Con la generalización del bautismo de niños (s. iv) se produjo una «desintegración» del sistema iniciático de la Iglesia primitiva, y una inversión del proceso bautismal. El bautismo vino a ser el primer paso del proceso, y la conversión y fe personales (expresadas antes en el largo proceso catecumenal) vinieron a ser no una respuesta dada, sino un respuesta esperada. La Iglesia, consciente de que esta conversión y fe personales son necesarias en uno u otro momento, pide que para celebrar el bautismo de un niño, exista una «esperanza fundada» de que tal respuesta llegue a darse un día ⁴⁶. Y esto implica que existan «serias garantías» de una educación posterior en la fe, de la que son responsables sobre todo los padres en la familia, y la misma comunidad cristiana que propone los medios adecuados para que se realice en el interior

43 D. Borobio, *Conversión*, 218-219. Cf. R. Girault, «El problema de la conversión. Los convertidos del ateísmo», en J. Girardi (dir.), *El ateísmo contemporáneo IV* (Madrid 1971) 381-408.

44 Cf. P. de Clerck, «Le baptême des adultes et celui des petits enfants», en *La Maison Dieu* 185 (1991) 7-33.

45 K. Rahner, *Conversión*, 981.

46 CIC, can. 868, 1, 2.º Cf. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Instrucción sobre el bautismo de niños* (Roma 1980), n. 28.

de la misma comunidad, principalmente el catecumenado y la catequesis:

«Por su naturaleza misma, el bautismo de niños exige un catecumenado postbautismal. No se trata sólo de la necesidad de una instrucción posterior al bautismo, sino del desarrollo necesario de la gracia bautismal en el crecimiento de la persona. Es el momento propio de la catequesis»⁴⁷.

Tenemos, por tanto, que en el bautismo de un niño la Iglesia emplaza y *compromete a los padres* desde su fe en la educación de la fe. En esto se manifiesta la «condición pedagógica» del bautismo: en que la fe de los padres es condición para una educación pedagógica de la fe de los hijos hasta llegar a su autonomía. La fe del niño bautizado comienza a ser personal en el bautismo, sólo si en el mismo bautismo hay una fe personal de los padres, que garantiza la posterior personalización consciente y libre de la fe de los hijos. El verdadero lugar del bautismo de niños es el espacio de la fe de los padres, en el espacio particular de la fe de la comunidad, y en el espacio universal de la fe de la Iglesia. La cuestión será, por tanto, si existen estos padres y esta comunidad con esta fe y esta responsabilización educativa⁴⁸. El tema nos remite directamente a la situación de la familia hoy en nuestra cultura, y a la influencia que en el proceso educativo tienen otros factores, como la educación en la escuela, o la «fuerza educativa» de los medios de comunicación en los niños...

Pero es principalmente el bautizado de niño el que queda comprometido a realizar dos tareas, para venir a ser cristiano en plenitud: una, la de vivir de modo experiencial y personal la conversión primera; y otra, la de mantenerse fiel al bautismo recibido de niño a lo largo de su vida. Por desgracia, la primera tarea no se cumple en muchos casos, existiendo un gran número de bautizados no convertidos o de «cristianos no creyentes» que conducen una vida «cuasi» o totalmente pagana, asimilándose a quienes no fueron bautizados. En cuanto a la segunda tarea (asumir fielmente el propio bautismo), hay quienes la realizan gozosos, y quienes (la mayoría) la cumplen aletargados, en la corriente de una cultura religiosa y de una fe ambigua, a veces sincretista y desidentificada, en la que se mezcla creencia e increencia, acep-

47 CEC, n. 1231.

48 D. Borobio, *La iniciación cristiana*, o. c., 348-352. Cf. W. Kasper (ed.), *Christsein ohne Entscheidung, oder soll die Kirche Kinder taufen?* (Mainz 1970).

tación de ser cristianos bautizados pero sin compromisos bautismales en la vida, confesión teórica en Dios pero ignorancia práctica de Dios en la vida.

4. *¿Conversión sin sacramentos - sacramentos sin conversión?*

Debemos reconocer que hoy, más que nunca, vivimos en una pluralidad de situaciones, que hacen imposible cualquier generalización, ni siquiera a nivel local. Nos parecen ciertos, sin embargo, dos fenómenos:

a) El de la existencia de no pocas personas que, bautizadas o no, optan por un estilo de vida honesto y justo, inspirados en el ideal de Cristo o en otro ideal, y que anidan en su corazón sentimientos de verdad y de amor, de igualdad y solidaridad... Pero que no sienten necesidad ni de recibir o renovar el sacramento del bautismo, ni de celebrar otros sacramentos, de la misma manera que no sienten necesidad de «inscribirse» a la comunidad eclesial, ni menos de someterse a la disciplina de la institución eclesial. No se trata de calificarles como «cristianos anónimos», pues sólo Dios sabe en qué medida estarían dentro del paraguas de la «cristianidad». Pero pensamos que no es contradictorio el apreciar en muchos de ellos verdaderos «convertidos», es decir, verdaderos convencidos, que han decidido u optado por unos valores y un estilo de vida, y se esfuerzan por realizarlo quizás con más coherencia que algunos a quienes no dudaríamos en llamarles «bautizados creyentes convertidos». La pregunta que podríamos hacernos al respecto es esta: ¿No tiene la Iglesia nada que ofrecer a estas personas, litúrgica y sacramentalmente hablando? ¿Se les puede rechazar sin más si se acercan a un sacramento (v.gr., matrimonio)?

b) El segundo fenómeno es el de la existencia de no pocos, bautizados o incluso no bautizados, que piden o se acercan a los sacramentos sin conversión verdadera. Los motivos pueden ser diversos, como sabemos: la cultura o tradición ambiental, la costumbre familiar, el escenario ritual, el deseo de expresar un sentimiento religioso difuso, la consignación ritual de un momento importante de la vida, las ventajas ornamentales de la liturgia cristiana frente a las «liturgias» civiles... Es evidente que en estos casos se da una contradicción interna entre la actitud o motivación y el sentido del sacramento. Y que en este caso la «oferta» principal de la Iglesia debe ser la de la evangelización. Pero en estas llamadas

«situaciones de umbral», ¿no podemos seguir pensando en algún tipo de celebración no sacramental, que asuma sus buenos deseos, y sirva de llamada e impulso para el proceso de evangelización? ¿Qué hacer, por ejemplo, con quien no quiere casarse ni por lo civil ni por lo eclesiástico, pero le gustaría algún rito religioso en la iglesia? ¿Qué, con quien prácticamente se desahoga y hace una especie de «confesión» con un laico católico, y desearía un gesto de reconciliación y perdón? ¿Qué, con quien en la enfermedad pide una ayuda «religiosa» (no necesariamente cristiana) y no se le puede dar el sacramento de la unción?

III. PROPUESTAS PASTORALES

Llegados a este punto, sólo nos queda sugerir de modo breve algunas propuestas pastorales, que nos ayuden a la búsqueda de medios apropiados de respuesta a las cuestiones planteadas ⁴⁹.

1. *Crear espacios de conversión: catecumenado*

Si la conversión es un elemento constitutivo de la «verdad» del bautismo cristiano, es necesario que en un «antes» (adultos) o en un «después» la Iglesia, que cumple con la misión de bautizar, cumpla también con el deber de poner los medios para convertir.

En el caso del *bautismo de adultos*, es evidente que el medio más originario y propio exigido es el del proceso catecumenal, siguiendo cuanto nos propone el «Ritual de la Iniciación Cristiana de adultos» en sus diversas etapas y tiempos. Aunque no en todas las Iglesias de Europa esté igualmente extendido el bautismo de adultos, creemos que, dada la situación y evolución religiosa de nuestra sociedad, es necesario que en cada Iglesia local esté pastoralmente regulada y atendida esta posibilidad ⁵⁰.

49 Sobre estas cuestiones, véase D. Borobio, *La iniciación cristiana, o. c.*, 509 ss. La bibliografía y los estudios recientes sobre el tema han sido muy abundantes, sobre todo en lengua alemana, francesa, italiana, española, inglesa. No nos detenemos en ofrecer aquí esta bibliografía, que puede encontrarse en las páginas de la obra que citamos.

50 Remitimos al estudio y a la bibliografía al respecto que hacemos en D. Borobio, *Catecumenado para la evangelización* (Madrid 1998); Id., *Iniciación cristiana*, 359 ss.; A. Fayol-Fricout - A. Pasquier - O. Sarda, *L'initiation chrétien-*

En el caso del *bautismo de niños*, los espacios de conversión hay que situarlos en el «antes» de la preparación al bautismo, con los padres y padrinos. Si es de ellos de quienes depende sobre todo la educación en la fe, es claro que ellos deben ser los primeros convertidos creyentes. La fe-conversión de los padres será en alguna medida la fe-conversión de los hijos, que nace y crece en el seno de la comunidad familiar. Bien realizada (en acogida, método, contenido, respeto y comprensión a su situación personal, acompañamiento paciente...), la pastoral de preparación al bautismo puede ser un momento excelente de evangelización y de conversión para los padres, que repercutirá en los hijos.

Pero, además, se requiere un espacio de «conversión postbautismal», que favorezca la progresión y continuidad. De nada sirve exigir educación y responsabilidad a los padres, si después del bautismo no les ayudamos a realizarla, si los abandonamos a su suerte. Se necesita proponer unos medios concretos a los mismos padres: orientaciones por escrito, carta aniversario del bautismo, encuentros de preparación y revisión, celebración «memoria» bautismal una vez al año, algún signo en los tiempos litúrgicos.... Igualmente, es necesario programar en la comunidad un itinerario concreto de iniciación de los niños, que no deje en vacío el tiempo que media hasta la primera comunión: renovación especial de las promesas bautismales en pascua; celebración de la luz el 2 de febrero; iniciación a la oración que se significa; entrega del Padrenuestro; liturgias de la Palabra adaptadas; participación en la liturgia de la Palabra de la eucaristía; celebración de la reconciliación sin sacramento...

2. Reinterpretar «catecumenalmente» la confirmación

Estamos convencidos de la necesidad de recuperar el catecumenado para la iniciación, y de que el momento de la confirmación es la mejor situación relativa para la realización de dicho catecumenado⁵¹. Que el catecumenado pertenece a la integridad de la iniciación cristiana, es una verdad afirmada y reafirmada una y otra vez por la Iglesia. Lo que no parece una verdad tan eviden-

ne. *Démarche catéchuménale* (París 1991); M. Ball - F. P. Tebertz van Elst - A. Waibel - E. Werner, *Erwachsene auf dem Weg zur Taufe. Werkbuch Erwachsenenkatechumenat* (München 1997).

⁵¹ *Ibid.*, 531 ss.

te, es el situar este catecumenado antes de la confirmación, entre la edad de los 16-18 años, como el mejor momento para realizarlo. Somos conscientes de las dificultades que hoy plantea esta «perspectiva» pastoral. Sin embargo, seguimos creyendo que es la mejor posibilidad relativa de recuperar institucionalmente el catecumenado, en el marco de la misma estructura iniciática. Se puede y se debe proponer el catecumenado, también en otras situaciones, sobre todo la de los que aún no han sido bautizados (catecumenado en sentido más estricto: RICA), o la de los bautizados aún no convertidos o increyentes, que desean autentificar su fe y revivir su bautismo (neo-catecumenados). Pero, para aquellos que seguimos bautizado de niños, si no queremos abandonarlos a medio camino en su proceso de iniciación, será necesario ofrecerles en uno u otro momento, lo que la Iglesia sigue considerando como el espacio más propio para la conversión y para la iniciación plena, es decir, el catecumenado o aquello que se le asemeje en el momento actual. Y esta «oferta», a nuestro entender, no puede encontrar un momento mejor, dentro del marco de la estructura sacramental iniciática prevista (bautismo - primera eucaristía - confirmación - eucaristía de la comunidad adulta), que aquel que precede a la confirmación.

3. Atención a la pluralidad de situaciones y de bautismos

Todos somos conscientes de esta realidad: hoy no sólo se han multiplicado los «casos bautismales especiales», sino que también se ha diversificado la misma celebración del bautismo y los procesos de iniciación cristiana, debido en parte a las diversas «situaciones bautismales», y en parte a los distintos modelos o estructuras de iniciación que desean recuperar el proceso catecumenal. La situación vital y la situación de fe de los padres que piden el bautismo para sus hijos es muy variada: madres solteras, padres divorciados que se han vuelto a casar, padres separados, matrimonios mixtos, casados sólo civilmente, padres adoptivos, parejas de hecho, indiferentes e incluso no creyentes... Es evidente que estos «casos bautismales» son especiales, y en comparación con los que bautizan a sus hijos en situación normal, son relativamente pocos. Sin embargo, y aún no disponiendo de datos estadísticos precisos, puede decirse que se trata hoy de un número creciente, que debe ser considerado por su importancia real y su incidencia concreta en la misma comunidad cristiana.

Respecto a la diversidad de bautismos o pluralización de procesos iniciáticos, siguiendo las mismas orientaciones de la Iglesia en sus Rituales ⁵², hay que recordar que, además del bautismo de niños, existe el bautismo de adultos o Iniciación Cristiana de Adultos, el bautismo que podemos llamar «diferido» para los que lo difieren a partir del uso de razón, y el bautismo de niños «en edad escolar» para quienes lo celebran justamente en el tiempo del catecismo o la escolaridad. En conjunto, puede afirmarse que esta pluralización oficial del bautismo, atendiendo a las diversas situaciones, supone un deslizamiento bautismal hacia el referente de la Iniciación cristiana de adultos, así como una mayor cabida a los procesos que insisten en la fe en referencia al catecumenado. Sólo falta una cosa: poner en práctica de modo adecuado esta pluralidad bautismal.

4. *Renovar la iniciación como «gran sacramento» teórica y prácticamente*

Creemos que la iniciación cristiana debe y puede recuperarse entendida y practicada como una totalidad, como un dinamismo progresivo, como una unidad global, en la que los diversos elementos o piezas que la constituyen deben interpretarse correctamente, haciéndoles desempeñar la función que les corresponde según su sentido propio y en el conjunto, de manera que pueda lograrse el objetivo central de iniciar al misterio de Cristo y de la Iglesia, o «hacer un cristiano», que con la gracia de Dios y su voluntad de respuesta en la fe, pueda llenar de sentido evangélico la vida del iniciado ⁵³.

Para lograr esto es necesario individuar y determinar cuáles son los elementos básicos de la iniciación, sacramentales y no sacramentales; salvar la centralidad y polaridad bautismal, refiriendo y relativizando todos los elementos al conjunto; ordenar estos elementos de modo que, sin degenerar su identidad teológico-litúrgica, atiendan también a la capacidad subjetiva y al crecimiento iniciático personal; atender a las diversas situaciones, necesidades y posibilidades, y complementar sin estridencias las diversas realizaciones.

⁵² Puede verse la valoración pastoral que de estos diversos bautismos hace la Comisión Episcopal de Liturgia de Francia, *Pastorale sacramentelle. I. Les sacrements de l'initiation chrétienne et le mariage* (París 1996) 33-54.

⁵³ Véase *La iniciación cristiana*, 603-609.

Para ello sería necesario venir a una ordenación o re-estructuración de los diversos elementos que componen la iniciación (bautismo, catequesis permanente, primera eucaristía, catecumenado, experiencia comunitaria, confirmación, eucaristía en la comunidad adulta), de forma más coherente con su sentido y sus objetivos, y en una dinámica más realista y adaptada con la situación actual. A nuestro entender, esta re-estructuración supondría: 1. Insistir más en la unidad dinámica que en la sucesión cronológica. 2. Reconocer la pluralidad de situaciones y tradiciones. 3. «Relativizar» el bautismo de niños (referido a los otros elementos) y la primera eucaristía (referida a la eucaristía en la comunidad adulta). 4. En el caso del bautismo de niños, retrasar la confirmación sin romper la unidad. 5. Recuperar institucionalmente el proceso catecumenal también para los bautizados de niños. 6. Promover la participación de la comunidad total, por los diversos servicios y ministerios. 7. Ofrecer espacios y medios adecuados para la continuidad.

DIONISIO BOROBIO

SUMMARY

The Church has always affirmed that baptism is «the sacrament of faith by which men, illuminated by the grace of the Holy Spirit, respond to the Gospel of Christ». In Scripture baptism appears as «always linked to faith» and to conversion, and both aspects (conversion and faith) are constitutive of the very sacrament of baptism itself.

The realisation of these aspects in subjects who receive baptism (especially children) raises quite a few questions. Because, if on the one hand it is impossible that in children baptised shortly after birth that there should be personal faith and conversion, on the other hand it is questionable if baptism is ever or can ever come to be the «foundation» and the «door» to all of Christian-life.

Because of this we have a triple objective: 1. To present a brief history of the relationship between faith and conversion in the first centuries and in the church of Vatican II and since. 2. To state some principles and theological questions which spring from it. 3. To propose some pastoral suggestions.